

Enseñanzas del relato de la creación

Con el domingo de Septuagésima comienza el tiempo del mismo nombre, que es un tiempo de preparación para la Cuaresma; y la Iglesia empieza a presentarnos consideraciones de la mayor gravedad, ya que se refieren al fin de la vida, a la salvación del alma, a la necesidad de arrepentirnos de nuestros pecados y de merecer el cielo con nuestras buenas obras. Así, en el Evangelio reproduce la parábola del llamamiento de Dios a todos los hombres, en las distintas épocas de la humanidad y en los distintos momentos de nuestra vida, para que trabajen en su viña, que es la Iglesia, prometiéndoles un premio a todos, que es el cielo, a condición de que se lo ganen con su correspondencia al llamamiento y con su trabajo en la viña.

Igualmente, en este mismo tiempo la Iglesia hace leer a los sacerdotes, en el Breviario, el libro del Génesis, comenzando por el hermoso relato de la creación de todas las cosas por Dios, sobre el cual vamos a detenernos unos instantes:

- **Relato simple**, porque Moisés, inspirado por Dios, presenta toda la creación bajo la forma de una semana bien empleada, en la que Dios ha trabajado seis días, y el séptimo descansa y se dedica a contemplar toda su obra; y por eso Dios santifica el séptimo día, reservándolo para Él.
- **Relato revelado**, pues el Génesis es el único libro que nos cuenta cómo comenzaron las cosas, y sin esta revelación nosotros no tendríamos ni idea de dónde venimos y a dónde vamos.
- **Relato cargado de verdades importantísimas** para todos nosotros: cómo Dios es nuestro único principio, cómo Él es también nuestro único fin, cómo Él es el principio y fin de todas las demás cosas creadas.

Veamos primeramente, pues, dicho relato, para extraer luego de él estas preciosísimas enseñanzas.

1º El relato mismo de la creación.

«Al principio creó Dios el cielo y la tierra». ¿Al principio de qué? Al principio del tiempo; lo cual quiere decir que todas las cosas no existían antes, que han tenido un comienzo, y que antes de ese comienzo sólo estaba Dios y su eternidad.

«*Creó Dios el cielo y la tierra*», esto es, lo que después de quedar debidamente ordenado, sería el cielo y la tierra que conocemos. La Escritura nos dice, en efecto, que, al principio, todo lo creado por Dios estaba en un estado confuso y desordenado, y que la Sabiduría de Dios tuvo que intervenir para darle a toda esa materia informe un orden, una finalidad, unas leyes; y eso es lo que nos narran los seis días de la creación.

Santo Tomás de Aquino, en estos seis días, ve una correspondencia perfecta entre los tres primeros y los tres últimos: en los tres primeros Dios lleva a cabo una obra de distinción de creaturas y espacios, mientras que en los tres últimos realiza una obra de ornato de los espacios así creados y distinguidos.

1º Obra de distinción.

- El *primer día* Dios crea la luz y la distingue de las tinieblas. Pero cuidado: pues San Agustín nos dice que esta luz, así como designa la luz material, también designa la creación espiritual de los ángeles, que son un mundo de luz inteligible, y cuya creación Moisés no quiso mencionar expresamente para no exponer a los hebreos, a quienes se dirigía, al peligro de idolatría, considerando a seres tan perfectos como los ángeles. Apenas creado el mundo angélico, tuvo lugar la rebeldía de muchos de ellos; por eso Dios, en el primer día, separa la luz (o los ángeles buenos) de las tinieblas (o ángeles prevaricadores).

- El *segundo día* Dios crea el firmamento, esto es, según el tenor de la palabra hebrea, una «*extensión*» o separación (la atmósfera) entre las aguas superiores, que caerán sobre la tierra en forma de lluvias, nieve o granizo, y las aguas inferiores, que quedan en la superficie de la tierra en forma de océanos, mares, lagos y ríos. De esta separación de aguas depende toda la vida de la tierra, esto es, toda la distribución sabia del agua, sin la cual no puede haber vida; razón por la cual el relato bíblico es sumamente realista. En todo eso Dios va distinguiendo los espacios que luego poblará de seres.

- El *tercer día* Dios junta todas las aguas inferiores en lugares determinados, para que aparezcan los continentes, que serán la morada del hombre y de gran parte de los animales destinados a su uso. Juntamente con los continentes, Dios hace que la tierra produzca toda clase de plantas, que la Escritura distingue en tres categorías, según la utilidad que han de tener para el hombre: la simple hierba, los cereales o plantas que producen grano, y los árboles frutales. Dios las crea en estado perfecto, constituidas ya en sus respectivas especies, de modo que lo que ellas mismas han recibido, eso mismo van a transmitir. No hay ninguna evolución. Toda la vida natural, al igual que la sobrenatural, es una tradición, esto es, una transmisión invariable de lo que se ha recibido de Dios.

2º Obra de ornato.

- El *cuarto día* Dios crea los astros, poblando los cielos. También aquí los distingue en tres categorías, en función de su utilidad para el hombre: el sol, astro que preside el día; la luna, luminaria que preside la noche; y las estrellas

del cosmos. A todas ellas Dios va intimando finalidades: que sirvan para indicar las estaciones y las fiestas, y para producir la sucesión de día y noche.

- El *quinto día* Dios puebla las aguas: las superiores, con las aves; y las inferiores, con los peces y cetáceos. También aquí vemos a Dios intimando leyes a sus creaturas, en este caso las leyes de la fecundidad, que sólo viene de El: «*Creded y multiplicaos*».

- Y el *sexto día* Dios puebla la tierra con varias clases de animales, repartidas también en tres grupos, según el uso que de ellos hará el hombre: los animales domésticos, los animales salvajes, y las demás clases de reptiles (serpientes, insectos y toda clase de bicho que se mueve, según el significado hebreo de la palabra «*reptil*»: lo que hormiguea o se mueve).

- Ese mismo día, cuando ya está acabado todo el escenario, por así decir, Dios produce su mayor obra, que es el hombre. Decimos su mayor obra, porque el hombre es el único ser corporal creado a imagen y semejanza de Dios. Su cuerpo lo forma del barro de la tierra, pero su alma, siendo espiritual e inmortal, la crea Dios de la nada y la infunde en su cuerpo. Momentos después, viendo solo al primer hombre, y que dicha soledad no responde a sus planes («*no es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante a él*»), Dios lo sume en un sueño letárgico y forma a partir de su costado a la primera mujer, Eva; su alma, al igual que la de Adán, la crea Dios de la nada.

2º Enseñanzas del relato de la creación.

Este es el relato que nos da la Sagrada Escritura de cómo nosotros y todas las demás cosas proceden de Dios; y que el hombre moderno ignora. Parecen verdades tan elementales, y sin embargo, ¡cuánta gente ignora que hemos sido creados por Dios, y la manera sabia y bondadosa como Dios ha comunicado el ser a todo cuanto existe! Sólo los que tienen la fe, sólo los católicos, escapan hoy en día a esta mentira y patraña moderna de la evolución, que pretende explicarlo todo, igual que un dogma, sin la intervención de Dios.

Este relato, como advertíamos al principio, está cargado de enseñanzas. Veamos las principales.

1º Verdades sobre Dios.

- Dios es *eterno*: sólo El es el ser absolutamente necesario; todos los demás seres han recibido de El la existencia, de modo que son seres contingentes, que podrían no haber existido. Ninguna cosa tiene en sí misma su razón de ser; todas ellas han empezado a existir en el tiempo. ¿Cómo?

- *Omnipotencia* de Dios: Dios las ha sacado a todas de la nada; no de sí mismo, de su propia sustancia, pues eso sería panteísmo; sino realmente de la nada, lo cual indica un poder infinito y exclusivo de Dios. Esta omnipotencia se muestra también en el hecho de que todo sale a la existencia por una simple

orden de Dios, por un solo acto de su querer: «*Dijo Dios: Haya luz; y hubo luz.*». Así de simple.

- *Sabiduría* infinita de Dios: Dios crea todas las cosas con orden, de menos a más perfectas; si el mundo estaba confuso al inicio, no era porque Dios fuese confuso, sino para manifestarnos a nosotros su sabiduría, pues es propio del sabio poner orden. Y a medida que va creando, Dios va intimando leyes a las creaturas, que todas ellas siguen a rajatabla. Todo lo ha combinado perfectamente, todo lo ha tenido en cuenta.

- Su *bondad*: nos dice la narración inspirada que todas las cosas producidas por Dios van saliendo buenas, esto es, aptas y perfectas en orden a su fin; y no sólo con una bondad particular, sino con una bondad y utilidad general, tal como se revela en la armonía del conjunto de la creación.

2º Verdades sobre las creaturas.

- *Ningún ser creado debe ser adorado* como una divinidad. Por eso Moisés tiene que detallar a los hebreos que los astros, a los que vieron ser adorados en Egipto, han sido creados en función del hombre, y son siervos del hombre, no señores suyos.

- Igualmente, Dios impone *naturalezas determinadas y leyes* a los animales; en particular, la fecundidad, también adorada como divinidad en Egipto y en las religiones antiguas, viene sólo de Dios.

3º Verdades sobre el hombre.

- El hombre ha sido *creado de la nada, a imagen y semejanza de Dios*: lo cual hace que, juntamente con los ángeles, pueda conocer el plan de Dios, amarlo y someterse voluntariamente a él, sin verse coaccionado a ello por el instinto o por leyes necesarias.

- Dios ha dotado al hombre de *libertad*, esto es, de inteligencia y voluntad para reconocer y someterse al plan de Dios, a fin de que esta sumisión le sea meritoria y merecedora de la vida eterna.

Conclusión.

Sobre todo, el relato de la creación nos manifiesta la *dependencia absoluta* de todas las creaturas respecto de Dios.

Pidamos a Dios la gracia de comenzar este tiempo de Septuagésima con la convicción profunda de que Dios debe serlo todo para nosotros, y de que nosotros debemos ser totalmente de Dios; mas no de manera forzada y como a regañadientes, sino con una dependencia filial, la de un hijo hacia su Padre; dependencia que, por lo tanto, sea amada, consolidada, estrechada.